

BREVE HISTORIA de la...

REVOLUCIÓN RUSA

Iñigo Bolinaga



Lenin, Trotsky, Stalin: todos los acontecimientos y los protagonistas de la Revolución bolchevique y de la formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el primer estado socialista del mundo.

BREVE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Iñigo Bolinaga



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de la Revolución rusa

Autor: © Iñigo Bolinaga

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Nicandwill

Diseño del interior de la colección: JLTv

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-843-2

Libro electrónico: primera edición

Para Amelia

Índice

Capítulo 1: Miseria imperial

Un espléndido pastel podrido

La masacre

La escalera de Eisenstein

El nuevo poder

El parlamento de cartón

Capítulo 2: Una historia en rojo

La nueva doctrina

El hereje

Bolcheviques y mencheviques

La conferencia de Praga

Capítulo 3: Doble poder

Cinco días de febrero

La nueva estrategia

Retorno a la clandestinidad

La *Kornilovschina*

Capítulo 4: Asalto al Estado

El laboratorio de la historia

La insurrección

Califas por una hora

La implantación

El elemento externo

Capítulo 5: La hora del fusil

Rojos y blancos

El partido mundial

La otra revolución

[Comunismo de guerra](#)
[La gran sublevación](#)

[Capítulo 6: Los herederos](#)
[Cambio de rumbo](#)
[El crepúsculo](#)
[El legado](#)

[Bibliografía](#)

1

Miseria imperial

El obrero tiene más necesidad de respeto que de pan.
Karl Marx

UN ESPLÉNDIDO PASTEL PODRIDO

Cuando en 1894 fue proclamado emperador y autócrata de todas las Rusias, el joven Nicolás II estaba muy lejos de suponer que pasaría a la historia como el último zar. Rusia era aún una de las cinco grandes potencias políticas de Europa, y junto a Austria-Hungría y Turquía, un extenso Imperio plurinacional que ocupaba gran parte de la Europa del este. Las fronteras de la Rusia de los zares se propagaban desde la extensa llanura de Europa central hasta el mar de Ojotsk, en el extremo oriente asiático, haciendo frontera con naciones tan alejadas como Alemania y China. De norte a sur, los confines rusos partían desde el ártico para concluir sus límites en las tierras de los pueblos musulmanes de Asia central, aún trashumantes y muy lejos de la civilización europea. Los zares habían construido a lo largo de los siglos un Imperio de más de veintidós millones de kilómetros cuadrados; un gigante en expansión, tanto territorial como demográficamente hablando, que albergaba a ciento treinta millones de personas al principio del reinado de Nicolás II y a más de ciento setenta y cuatro millones en los años previos a la revolución. Si bien la mayoría de sus habitantes eran de incuestionable raigambre rusa, el Imperio cubría dentro de sus límites una enorme cantidad

de territorios muy diversos, uniendo al carro ruso a más de doscientas etnias diferentes.

A excepción de casos raros como el de Finlandia, que gozaba de una amplia autonomía, las etnias y nacionalidades integradas en el Imperio estaban sometidas a una secular política centralizadora, uno de cuyos rasgos más definitorios fue la puesta en práctica de un implacable plan de rusificación cuidadosamente dirigido desde Moscú. Los pueblos culturalmente más coincidentes con los rusos — los eslavos europeos— fueron los que con más fuerza, junto con los caucasianos, rechazaron la aculturación. Polacos, finlandeses, pueblos bálticos, ucranianos, armenios o georgianos son solo un pequeño ejemplo de nacionalidades enfrentadas al dominio ruso que convertían al Imperio en una bomba de relojería presta a estallar en cuanto las pasiones nacionalistas se pulsaran todas a la vez.

Siendo un grave problema el del engarce administrativo de tantos pueblos y geografías tan diversas bajo el poder unificado de un solo zar, había más asuntos que merecían una atención de primera línea de cara a mantener la estabilidad y asegurar la permanencia del Imperio. La estructura del poder estaba desfasada; presentaba el típico esquema de antiguo régimen basado en un poder monárquico omnímodo, totalmente ajeno a los cambios políticos que en la Europa occidental habían terminado por desarrollar sociedades de democracia parlamentaria. Rusia estaba regida por una estructura cuasifeudal, en la que el noble era la autoridad y el dueño de las mejores tierras¹. El campo seguía siendo, a principios del siglo XX, el sustento y único horizonte de más del 80% de los rusos, en su gran mayoría pobres hasta la miseria, analfabetos y profundamente supersticiosos. La vida en el campo no se había transformado un ápice desde hacía siglos, manteniendo incólume uno de los presupuestos básicos de la economía de antiguo régimen: la agricultura de

subsistencia dependiente de los nobles detentadores de tierras, a quienes el campesino debía tanto respeto y devoción como al propio zar, cuya imagen se representaba en iconos religiosos como la de un lejano benefactor. La vida del campesino ruso transcurría en los límites de la miseria, cayendo completamente en ella cuando las cosechas eran malas, ya que la parte del león de lo que producía desaparecía de sus manos en forma de impuestos, gravámenes o pago de deudas contraídas con el heredero del antiguo propietario de las tierras que trabajaban. El utillaje agrícola tampoco estimulaba la producción, habida cuenta de que se trabajaba con instrumentos que ya en la edad media fueron ampliamente superados por países como Holanda o Inglaterra. Además, cada campesino con taba tan solo con una pequeña cantidad de tierra para cultivar, seis veces menor a las hectáreas que se consideran adecuadas para garantizar la alimentación básica de una familia media, lo cual les hacía depender ex traor dinariamente de la comunidad, el *mir*.

La institución del mir ya existía antes de la abolición de la servidumbre, aunque fue a partir de entonces cuando cobró auténtico protagonismo en el campo, siendo el beneficiario directo de las tierras que pasaron de propiedad nobiliar a campesina. La reforma de 1861 no dio la propiedad de las tierras a los campesinos individualmente, sino que se las quedó la comunidad para redistribuirla entre las diferentes familias, pagando estas una parte de los estrechos beneficios al mir, dinero comunal con el que se satisfacían los impuestos y los rescates a los nobles. El mir establecía las principales directrices económicas, como los frutos que se iban a cultivar cada temporada o la forma de hacerlo, recaudaba impuestos, reclutaba a los soldados cuando el gobierno se los reclamaba, deliberaba y autorizaba a los campesinos a la venta de su parcela de tierra y su traslado a las ciudades, etcétera. Era gobernado por un consejo de

ancianos escogidos por los cabezas de familia y seguía una estructura muy conservadora, supeditada totalmente al gobierno. El mir, pues, seguía siendo una semisujección a la tierra que garantizaba la no afloración de un campesinado propietario y próspero, y que agudizaba la separación del mismo entre inmensas capas humanas miserables y un pequeño grupo de campesinos ricos, los *kulaks*, que acapararon el odio de la población rural. La crisis de subsistencias afectó varias veces al pueblo ruso, especialmente a principios de siglo, cuando la afluencia de productos extranjeros, mucho más competitivos y de mejor precio, causaron un efecto demoledor a la hora de sacar al mercado las cosechas del campo.

Como corresponde a una economía de antiguo régimen, la mortalidad infantil y la subalimentación eran el pan de cada día, manteniéndose estos en unos márgenes tan elevados que habrían producido el escándalo incluso en los países más pobres de la Europa de la época. En cuanto a la alfabetización, los campesinos adultos eran analfabetos casi en su totalidad, aunque a principios del siglo XX se logró escolarizar a cerca de un 30% de los niños y el 14% de las niñas, un éxito sin precedentes en la historia educativa de Rusia. Ninguno de ellos superaba nunca los estudios de primaria, siendo solamente los hijos de ciudadanos acomodados la exigua minoría que lograba acceder a estudios superiores. Estos afortunados solamente representaban el 1% de toda la sociedad rusa, y fueron el origen de la *intelligentsia* que aceleró dramáticamente el proceso de cambios que derivó en la revolución. La radiografía del ruso medio era la de un campesino pobre y analfabeto que no había salido nunca de su aldea, salvo casos muy excepcionales y a algún poblado limítrofe. Trabajaba con aperos desfasados y estaba profundamente sometido e influenciado por la iglesia. Sin embargo, los nuevos vientos modernizadores, las nuevas ideas

democráticas e incluso socialistas y anarquistas comenzaban a soplar también, al principio con cierta lentitud pero cada vez con más fuerza, entre el campesinado ruso. A inicios del siglo XX la conflictividad rural y los ataques contra explotaciones y terrenos de nobles y *kulaks* se habían multiplicado exponencialmente, y si bien las rebeliones campesinas eran una cosa habitual en la vieja Rusia, a principios de siglo se multiplicaron por cuatro. La efervescencia revolucionaria, el hambre y el enfado de los campesinos por su insostenible situación de miseria eran un peligroso aviso para un zar que seguía dando la espalda a los problemas reales del país, dejando morir literalmente de hambre a sus súbditos mientras él prefería tomar clases de baile protegido por las paredes de su palacio real.

La liberación de la servidumbre y la proletarización del campesinado provocaron una gran afluencia de personas de origen rural a las ciudades, en busca de la tan ansiada mejora en su nivel de vida. Fueron empleados en la industria, que en pocos años había sufrido un enorme proceso de expansión. Los primeros años del siglo XX fueron testigos de un verdadero despegue del misérrimo tejido industrial ruso, que gracias a empréstitos y ayudas extranjeras hizo realidad el objetivo de ampliar su base industrial. El bajo perfil del capitalismo ruso y las inversiones occidentales hipotecaron más de lo razonable al régimen de los zares, transformando a Rusia en una economía dependiente que, sin embargo, hacía grandes progresos en los sectores textil, siderometalúrgico y de producción y transformación del petróleo. Esto provocó un rápido crecimiento urbano que propició el surgimiento de una figura que ya era muy común en la Europa desarrollada: el proletariado. En el caso ruso, un proletariado de nuevo cuño, poco cualificado, que sufría unas condiciones de trabajo draconianas por un salario ínfimo.

Rusia se pobló en seguida de enormes barrios obreros que circundaban las ciudades, repletos de chabolas en las que los trabajadores industriales y sus familias vivían hacinados como animales, en una especie de reproducción tosca de las novelas de Dickens. Tal situación de hacinamiento en aquellos misérrimos cubículos sin ventilación, generaba la expansión de enfermedades infecciosas que de forma periódica causaban trágicas mortandades en los barrios obreros. Los insectos, las ratas y la humedad eran compañía cotidiana, y la alimentación poco variada. Así pues, las condiciones de higiene y salubridad en general eran penosas, sin ningún tipo de garantía ni control sanitario. Todo esto derivó en la rápida expansión de las ideas revolucionarias entre un proletariado efervescente que estaba dispuesto a luchar por su dignidad, hasta la muerte.

La toma de conciencia del proletariado industrial ruso fue el origen del desarrollo de los primeros ensayos sindicales, que fueron brutalmente silenciados por el zarismo, disolviendo, prohibiendo y reprimiendo con fuerza cualquier conato de protesta tendente a mejorar las condiciones de vida de los obreros. El mínimo atisbo de asociación obrera o de reivindicación laboral era vista por el gobierno como una amenaza directa a su propia supervivencia, de manera que estaba dispuesto a eliminar de raíz la formación de un movimiento obrero fuerte extirpando desde sus orígenes cualquier tipo de asociación proletaria.

La autocracia que heredó Nicolás II interpretaba que el zar era el origen de toda soberanía. En consecuencia, Rusia no contaba con nada parecido a una constitución, ni partidos políticos, ni parlamento, ni prensa libre... El gabinete de gobierno era escogido por el propio zar a su gusto, sin ningún tipo de restricción o control, lo que lo convertía a los ministros en un juguete del capricho real. Junto al gobierno existía también un Consejo de Estado, cuyos componentes eran, por supuesto, seleccionados por Nicolás II, que se

encargaba de aconsejar al zar sobre qué decisión tomar en cuestiones de diversa índole política, económica o internacional. El zar ejercía todos los poderes —ejecutivo, legislativo y judicial—, siendo meros comparsas los ministros, consejeros y altos cargos que lo rodeaban. El *César* —que es lo que significa la palabra *Zar*— era responsable de sus decisiones de gobierno solamente ante Dios, con el apoyo total de un aparato clerical potentísimo que pagaba los favores de la monarquía adoctrinando al pueblo en la obediencia. Además de la Iglesia ortodoxa, alrededor del zar verdeaba una gran pléyade de aristócratas y cortesanos que constituían, junto con el clero, otro de los pilares de la autocracia, con sus privilegios feudales tradicionales que aún no habían sido cercenados por ningún aire modernizador procedente de Europa.

Para hacer frente a los problemas modernos, el sistema solamente era capaz de aplicar recetas pasadas de moda, y por tanto ineficaces. La monarquía cerraba los ojos cuando le recordaban la perentoria necesidad de aplicar una severa reforma del sistema ante la amenaza de derrumbe de todo el complejo. El de Nicolás II fue un gobierno tercamente autocrático que se aferraba con uñas y dientes a la tradición absolutista heredada de sus antepasados, y que se preocupaba más de conservar su herencia que de hacer frente a los gravísimos asuntos a los que se enfrentaba el país. Los últimos zares, y específicamente Nicolás II, no querían darse cuenta de que la brillante fachada del Imperio escondía un interior podrido y amenazaba ruina. Pedía reformas urgentes que modernizasen tanto su estructura administrativa como la social y económica, y por supuesto la política. Pero el zar aplazaba *sine die* todos estos asuntos. El paso del tiempo no hizo sino emponzoñar aún más la situación, y el descontento popular comenzó a reflejarse en la multiplicación de las voces favorables a la transformación del régimen en algo parecido a una democracia

parlamentaria, en imitación al sistema dominante en la próspera Europa occidental. Semejante propuesta nunca fue del agrado del zar, para quien una solución parlamentaria era una grave afrenta contra sus derechos y sus prerrogativas hereditarias.

El último zar no ha pasado a la historia por ser una persona brillante. Poco antes de ser coronado afirmó que no se sentía preparado para gobernar, y probablemente fue la frase más acertada que dijo en todo su reinado. Hombre educado en las rancias costumbres de los emperadores de Rusia, consideraba al Imperio como algo de su propiedad, al modo de los antiguos reyes absolutos de los siglos XVII y XVIII. Como tal, era inadmisibles que pretendieran recortar sus poderes en sus dominios. Más aún, tal pretensión era una afrenta, una herejía. Se dice de él que era un hombre inseguro, y quizá esa característica le hizo marcarse como principal objetivo de su reinado el mantenimiento de su herencia tal y como la había recibido, para entregársela intacta a su hijo cuando le tocara reinar. Mantener el Imperio, los derechos y prerrogativas del zar, del terrateniente de aquel enorme territorio, era su obsesión y en cierto modo su máxima aspiración en la vida. Su lema podría definirse como *conservar*. A toda costa.



La inmadurez de Nicolás II le empujó a preocuparse en exceso por conservar el legado de sus ancestros antes que someterlo a cambio alguno, lo que aceleró su caída.

Nicolás II confundía permanentemente el ámbito público con el privado. En su cabeza no entraba la idea de que el dinero que recaudaba en los impuestos pertenecía al estado y que no debía de sumarse a sus arcas personales. Tampoco pretendió nunca comprenderlo. Era un hombre del siglo XX encasillado en una mentalidad del XVII. La soberanía provenía del rey, no del pueblo. El zar era quien ordenaba todo, hacía las leyes, las promulgaba, era el gobernante único del Imperio y por supuesto, las rentas de los súbditos debían de ser unidas a su erario particular, igual que un rico hacendado haría en su hacienda. Para Nicolás el sistema había funcionado estupendamente durante siglos, de manera que no había razón alguna para alterarlo, lo que lo convirtió en un feroz conservador que se negaba a escuchar las ideas de reforma que a veces llegaban a sus oídos. La sola mención de la palabra *constitución* le causaba rechazo, y consideraba a los reformistas moderados como ladrones que pretendían quedarse con sus legítimas propiedades y prerrogativas. Desde su imaginario particular, el zar llevaba una solitaria lucha contra un mundo empeñado en arrebatárle lo que legítimamente le correspondía.

Sin embargo, soplaban vientos de cambio en Rusia. La obsesión de Nicolás de no abrir la mano ni un ápice reforzó las tendencias más radicales contra el sistema, y los actos de terrorismo alcanzaron un pico muy importante durante su reinado. El clima político impuesto por el zar se tornaba irrespirable dentro de una sociedad que pedía cambios a voz en grito, que era severamente reprimida por la policía y el ejército, y a quien se le venían cercenando unos derechos tan básicos como los del voto o las libertades de reunión y asociación. Aunque el zar no quería darse por enterado, Rusia ya había abandonado la edad media y dentro de sus

fronteras comenzaban a aflorar partidos políticos asimilables a los de Europa occidental. Para Nicolás II esto no era más que una simple y pura coacción contra su poder, no un cambio aceptable para amoldarse a los tiempos de la mejor manera posible sin perder el carácter monárquico del estado. La ceguera política de Nicolás II no le dejó ver el hecho de que la monarquía tenía que haber aprovechado que los militantes de los partidos políticos eran miembros de la *intelligentsia*, hijos de las clases acomodadas. Las primeras reivindicaciones de la *intelligentsia* eran más que razonables, y si el zar las hubiera oído con cierta sensatez podría haber mantenido viva la monarquía, pero su política de mano dura no veía más que enemigos y conspiradores. Esto abocó a muchos jóvenes intelectuales a abrazar las ideas socialmente más avanzadas que llegaban desde el exterior, rompiéndose el país básicamente en dos líneas políticas: la de los liberales, que reclamaban reformas parlamentarias, constitucionalistas y que saneasen la economía sin poner en duda la autoridad del monarca; y la de los más extremistas, que propugnan un cambio radical en las estructuras de poder y de propiedad de la tierra en un sentido confusamente radical (social-revolucionarios o eseristas), marxista (Partido Obrero Socialdemócrata Ruso) o directamente anarquista².

El liberalismo ruso, tradicionalmente débil e inseguro, se había desarrollado más como una corriente de opinión que como un partido político *estricto sensu* en la Rusia de Nicolás II. De hecho, los partidos estaban prohibidos. No fue hasta 1905 cuando se formó un esbozo de partido que nació a partir de una organización liberal de contornos poco definidos, el *Movimiento de Liberación*. La nueva asociación política fue bautizada como Partido Democrático Constitucional, aunque popularmente era conocida como Partido Kadete, por sus siglas en ruso (KDT). Su principal reivindicación era la instauración de un sistema

parlamentario para Rusia³. Por contraposición, los partidos situados más a la izquierda, a fuer de clandestinos, tenían para entonces unas estructuras más marcadas y definidas: El Partido Socialrevolucionario, conocido como eserista también por sus siglas (SR), era socialmente avanzado y partidario de los métodos terroristas. Reclamaba avances para el campesinado y los obreros, pero no era marxista; nunca llegó a los excesos radicales del Partido Socialdemócrata Ruso, muy influido por el marxismo y que será la organización común desde la que se darán a conocer los bolcheviques y los mencheviques.

LA MASACRE

Los graves problemas de los rusos no parecían afectar en lo más mínimo la amable vida cotidiana de Nicolás II. Como dueño único de aquella enorme finca llamada Rusia, había asumido desde niño que tenía la obligación de cumplir con el engorroso quehacer de asistir a las reuniones de sus ministros, meros administradores de la hacienda rusa, en las que se aburría espantosamente. El zar acudía sin falta a todas las reuniones ministeriales, se tragaba cumplidamente áridos informes llenos de números y previsiones económicas, y prestaba sus regios oídos a largas peroratas en las que se hablaba sobre los problemas de gentes muy alejadas de su mundo, tanto social como geográficamente. Una vez cumplido el desagradable trámite diario, consideraba que tenía todo el derecho del mundo a dedicar su tiempo de esparcimiento a la familia y a sus aficiones, entre las que no se encontraba presidir un gobierno al que, irónicamente, se aferraba con uñas y dientes⁴. Quizá el campo menos engorroso para el zar fueran las relaciones internacionales, asunto al que atribuía una enorme importancia y prestaba un interés fuera de lo normal. Para el zar, las relaciones exteriores tenían como único objetivo la glorificación del Imperio y de sí mismo,

interpretándolas en clave de expansión territorial. Prestigio externo, eso era lo que el zar buscaba en la dilatación imperial asiática sobre pueblos menos desarrollados que el ruso, que eran asimilados sin demasiados problemas, casi siempre echando mano de un ejército fiel.

La conquista de nuevos territorios se basó en la ocupación de zonas pertenecientes a pueblos que, por desarrollo cultural, político y tecnológico, eran incapaces de hacer frente a la potencia rusa. El zar estaba acostumbrado a las victorias fáciles contra las naciones asiáticas. Así fue como, haciendo oídos sordos a quienes le recomendaban prudencia, aceptó la declaración de guerra que en forma de bombardeo masivo le regaló el naciente Imperio japonés: en febrero de 1904, los japoneses atacaron sin previo aviso a la flota rusa estacionada en Port Arthur (hoy Luyshun, China), bajo administración rusa desde 1898. La agresión suponía una consecuencia lógica del tira y afloja ruso-japonés que desde hacía años se estaba desarrollando en Manchuria por el control de aquella estratégica región. Los rusos, envalentonados después de haber logrado echar a los japoneses de la zona con la colaboración de otras potencias europeas, habían decidido que sería mucho más barato y sencillo construir el tramo final del transiberiano en línea recta, saliéndose del territorio ruso para atravesar Manchuria, lo que evitaba un largo y costoso rodeo por los lindes siberianos para llegar a Vladivostok. De rebote, este trazado integraría a Manchuria dentro de la zona de influencia rusa, obstaculizando los planes de expansión japoneses por el Asia Oriental. Los nipones no podían permitir la presencia rusa en la zona, y no lo hicieron. Tras tratar de llegar a varios acuerdos amistosos que el zar desdeñó, Japón sacó a los rusos de Manchuria a la fuerza⁵.

La guerra contra Japón fue un rosario de derrotas. Muy lejos del supuesto fortalecimiento del ánimo patriótico que la conflagración parecía prometer, el depauperado pueblo

ruso se soliviantó aún más. Por si no era suficiente desgracia la carga de tener que buscarse la subsistencia diariamente, las necesidades de la guerra cargaron un nuevo peso sobre las espaldas de la población, principalmente en forma de impuestos y levass campesinas que arrancaban del campo a la parte más joven y vigorosa de cada aldea para llevarla a luchar en una guerra que no comprendían. La marcha de los jóvenes supuso la falta de una muy necesaria mano de obra en el campo, lo que provocó un severo descenso de la producción y el lógico aumento de la situación de escasez y necesidad en las familias campesinas. Los gravámenes relacionados con la guerra en forma de impuestos y el alza de precios derivado del descenso de la producción cargaron aún más sobre la castigada población, que volvió a sufrir el hambre y una creciente crispación provocada por un justificado hastío popular ante la dejadez del gobierno. La oposición popular a una guerra que resultaba una gravosa carga, la incompetencia de los mandos militares con sus desfasadas armas y buques de guerra, netamente inferiores al moderno despliegue militar japonés, y las escandalosas derrotas obligaron al gobierno del zar a firmar una bochornosa declaración de paz que liquidaba la presencia rusa en la zona.

La paz se firmó en septiembre de 1905. Sin embargo, el fin de las hostilidades no fue suficiente para aplacar el enfado que los rusos sentían contra el gobierno. Y es que ocho meses antes de la conclusión de la guerra se había dado el acontecimiento que supuso el punto de no retorno entre los rusos y el zar: el *Domingo Rojo*. Aquel día, los 200 000 hombres, mujeres y niños que asistían a una manifestación pacífica en San Petersburgo fueron masacrados por el ejército, que disparó a quemarropa contra la muchedumbre, con un resultado de 200 muertos y miles de heridos⁶.

El suceso se produjo el 9 ó 22 de enero de 1905, dependiendo del calendario al que nos acogamos⁷, y marcó un antes y un después en el devenir de la historia rusa. La fecha había sido escogida de antemano por Grigory Gapón, un sacerdote muy conocido en la ciudad de San Petersburgo por ser el líder y fundador de un sucedáneo de sindicato obrero denominado *Asamblea de Trabajadores Rusos de Fábricas y Molinos*, tolerado y estrechamente vigilado por la policía. La organización no pasó de ser una especie de club benéfico que reunía fondos entre los obreros para comprar y repartir productos de primera necesidad que eran distribuidos entre los trabajadores más desafortunados, además de organizar actividades sociales y educativas en las que cada vez participaba más gente. Sus objetivos se limitaban a intentar mejorar las condiciones de vida del proletariado, sin poner nunca en duda el sistema establecido. Gapón era un sacerdote conservador y como tal en su organización no debían tener cabida excentricidades políticas ni radicalismos de ningún tipo. Todo esto convirtió a la asociación de Gapón en un confuso conglomerado de personas y voluntades sin unos objetivos claros ni unas reivindicaciones definidas más allá de la mejora de vida del obrero medio. Sin embargo, la actividad desplegada por el primer gran *sindicato* ruso tolerado hizo que en poco tiempo su número de socios aumentara hasta los 8 000 que tenía en vísperas del *Domingo Rojo*, y que en su seno afloraran tendencias de todo tipo, incluidas las políticamente radicales que, a falta de un sindicato o partido socialista verdaderamente poderoso, comenzaban a dejar oír dentro de este sus reivindicaciones.

La organización de Gapón había sido tolerada por las autoridades, que razonaban que era más sencillo tener controlados a los trabajadores si eran encuadrados dentro de asociaciones obreras de corte religioso y conservador que dentro de organismos más *políticos*. La policía tenía

fácil acceso al interior de las agrupaciones como la de Gapón; de hecho, parece demostrado que el propio Gapón fue, en algunos momentos, utilizado como agente por la Ojrana, la odiada policía política del régimen. De esta manera el gobierno se aseguraba de que los obreros no serían contaminados por ideas *nocivas* o *peligrosas* y que se les formaría dentro de un sentido religioso y de amor por la monarquía.

Gapón estaba honestamente convencido de que Nicolás II era un hombre cargado de las mejores intenciones, pero cegado por la perfidia de unos ministros que le ocultaban la realidad del país. El zar no hacía nada porque, argumentaba el sacerdote, ni siquiera podía imaginarse la situación real por la que estaba pasando su pueblo; pero en cuanto se superase la barrera de ceguera en la que le tenían encerrado sus ministros, sería el primero que se pondría manos a la obra para crear una nueva era de prosperidad y felicidad para todos. En conclusión, Gapón creía que la solución pasaba por presentarse ante el zar y entregarle en mano una carta haciéndole saber de las penurias del pueblo. Preparó un texto afectado en el que decía:

Acudimos a vos, oh majestad, en busca de justicia y protección [...] Somos pobres; nos oprimen, nos cargan con un trabajo excesivo, somos tratados despectivamente [...] la muerte es mejor que la prolongación de nuestros insoportables sufrimientos.

Con semejante escrito pretendía tocar la fibra sensible del monarca, quien le habría de recibir en palacio ansioso por satisfacer las necesidades de sus súbditos.

En concordancia con sus pensamientos, Gapón informó de la convocatoria al ministerio del interior, dándole todo tipo de detalles sobre la marcha y solicitándole un permiso oficial para poder llevar a cabo la gran manifestación pacífica que confluiría ante el Palacio de Invierno, sede y residencia de los zares de Rusia. Tal permiso nunca llegó, y eso era un síntoma de que las cosas no iban a resultar tan

fáciles como Gapón se las prometía a sí mismo y a sus afiliados. El viernes, el ministerio ordenó a Gapón la desconvocatoria de la marcha, amenazando con terribles consecuencias si se desobedecía la orden. Pero Gapón siguió adelante. La semilla de la duda empezaba a crecer en su interior. ¿Sería el ejército capaz de disparar contra el pueblo ante una manifestación pacífica que tan solo quería entregar un documento al zar? No, definitivamente Gapón no creía que semejante barbaridad fuera posible. Una bravata del ministro, nada más. Todo se habría de solucionar con la intervención del zar, sin duda a favor de los manifestantes.

La manifestación no fue desconvocada, lo que propició una creciente tensión ambiental a partir del día 7 del calendario juliano (20 del occidental). Haciendo honor a las advertencias del gobierno, el ejército fue desplegado por toda la ciudad de San Petersburgo y se colocaron carteles en las zonas céntricas de la ciudad con la severa advertencia de que si el domingo los manifestantes se presentaban ante las puertas de la residencia del zar, el ejército se vería en la obligación de disparar contra la multitud.

Llegó el día. La noche anterior había nevado y San Petersburgo se hallaba cubierto de un denso manto de nieve que dificultaba el tránsito. A pesar de los inconvenientes climatológicos, unas doscientas mil personas se sumaron a la convocatoria, confluyendo desde los barrios obreros de la capital hacia el centro, en dirección al palacio de Invierno. Avanzaban despacio, portando iconos con imágenes de Cristo, de la virgen, de santos rusos, así como grandes retratos del zar. Cantaban himnos religiosos. La manifestación fue sobrecogedora, tanto por la enorme afluencia de gente como por los respetuosos cánticos religiosos que hacían a los transeúntes santiguarse a su paso. Desde las principales arterias de la ciudad convergían

oleadas de gente sobre el río Neva; pero al llegar a la vista de la residencia real, el ejército les cortó el paso. Doce mil soldados habían sido desplegados aquella noche para «*defender*» al zar de los manifestantes. La muchedumbre no atendió a las advertencias de los militares y se negó a disolverse. Cantaban ahora el *Dios salve al zar*, himno nacional ruso, como muestra de su adhesión al régimen y a su representante máximo.

Caminaban lentamente frente al palacio del zar, cada vez más cerca de los soldados que se interponían entre este y el pueblo. Inopinadamente, la caballería cargó contra la muchedumbre. La acción fue un último aviso de que las amenazas del gobierno no eran vanas, y logró dispersar a algunos de los manifestantes, pero el grueso continuó avanzando. Por dos veces los militares dispararon al aire en un último y vacío intento de dispersar a los concentrados. La siguiente tanda de descargas no fue al aire, sino directamente contra la muchedumbre, disparando sin discernir a menores de adultos. Hombres, mujeres y niños cayeron inertes al suelo, abatidos por las balas del ejército durante un largo y atropellado momento, hasta que la muchedumbre logró dispersarse atemorizada por la matanza que con tanta frialdad los militares habían ejecutado por defender al autócrata. En otros puntos de la ciudad también se disparó contra la ciudadanía, dando como resultado un número de muertos que, si bien se magnificó en exceso, no exime para nada al gobierno y a su cabeza, el zar Nicolás II, de la responsabilidad del crimen cometido. La noticia corrió de boca en boca hasta alcanzar el punto más alejado de la extensísima manifestación, alterando los nervios de sus integrantes que, aunque se hallaban en otras zonas de la ciudad, pronto confluyeron frente al Palacio de Invierno, increpando a los soldados por su criminal acción. Muchos ciudadanos no terminaron de

creerse las noticias hasta ver con sus propios ojos los cadáveres tirados en el suelo.



Manifestantes pacíficos caen bajo las balas del ejército zarista. Unas doscientas personas fallecieron en aquel aciago día que ha pasado a la historia como *Domingo Rojo*.

Unas sesenta mil personas avanzaron encolerizadas y de nuevo se inició el tiroteo. Otra vez los ciudadanos fueron abatidos bajo las balas, quedando un montón de cadáveres tirados sobre la nieve roja, frente al palacio de un zar que nunca tuvo la más mínima intención de recibir a los manifestantes, habiéndose trasladado de víspera al palacio de Tsarkoie Selo, fuera de la ciudad.

San Petersburgo se convirtió en una capital en guerra. Los manifestantes más radicalizados montaron barricadas en las principales calles y avenidas y el ejército se desplegó por la ciudad dispuesto a apagar la rebelión a sangre y fuego. Sin embargo, los amotinados no tenían ni las ideas claras ni unos dirigentes a quienes seguir, y en pocos días las fuerzas del orden ya habían controlado la situación, ahogando en más sangre aquel enero de 1905. Pasado el trago, Nicolás II dio una nueva prueba de estupidez cuando, refiriéndose a los manifestantes, declaró solemnemente que «les perdono por haberse rebelado contra mí». El vínculo entre el zar y el pueblo estaba definitivamente roto.

LA ESCALERA DE EISENSTEIN

Los hechos de enero de 1905 despertaron una oleada de indignación en la comunidad internacional que se limitó a la tinta impresa. Las relaciones de las bienpensantes potencias occidentales no se alteraron en demasía por este hecho y pasados un par de meses las aguas de nuevo volvieron a su cauce. Sin embargo, para los rusos no era posible la vuelta a la normalidad. El zar les había decepcionado. No solamente no había sido capaz de detener la injustificada carnicería de San Petersburgo, sino que la había alentado, alimentado por sus temores irracionales a que la muchedumbre enloquecida le arrebatase sus muy queridas prerrogativas. Los campesinos pobres, educados en un ferviente respeto al *buen zar*, habían abierto definitivamente los ojos y ya muy pocos seguían viendo en su figura a un benefactor. La extinción violenta del motín de San Petersburgo que siguió a la matanza supuso un respiro momentáneo para un régimen que se negaba a reconocer que por ese camino tenía los días contados, y al mismo tiempo, la rápida propagación de nuevos conatos de rebeldía por todo lo ancho y largo del Imperio a partir del mismo mes de enero. Tanto en las zonas industrializadas como en las agrícolas se desarrolló una oleada de huelgas acompañadas por graves disturbios como nunca se había visto en el muchas veces convulso Imperio ruso. En todos los casos los ánimos eran aplacados con mano dura. La intervención habitual del ejército y los cosacos⁸ en las labores de represión de las protestas convencieron a grandes capas de la población de que ese, y no otro, era el verdadero rostro del zar.

La oleada de motines dentro del inmenso territorio de la nación llevó a los ministros del zar a solicitarle la introducción urgente de reformas en el aparato administrativo. Ya ni siquiera los sectores acaudalados creían que fuera posible el mantenimiento incólume del